

hacienda y los cerros cercanos. También es importante decir que un tema recurrente en las leyendas son los tesoros escondidos. Lo que dejan de manifiesto estos relatos son las relaciones que se forjaron en relación con la producción de la hacienda y cómo con esto se asimilaron el espacio y los personajes que lo conformaron a través del tiempo.

Ciertamente, se extrañan los datos de los informantes, como su nombre completo, su edad y ocupación, aunque pese a la ausencia de estos detalles académicos, es importante resaltar que incluso así, son valiosas, ya que no hay abundancia de recopilaciones en esta región. De igual manera, se extrañan, por su ausencia, los criterios de edición para la transcripción de los textos que Adame presenta, tanto para la historia oral, como para las leyendas, así como las referencias de cuáles son los datos que se extrajeron de la bibliografía que se menciona únicamente al final del libro.

La falta de estos datos orienta más esta publicación al medio de la divulgación que al académico, aunque la recopilación es en sí misma un buen punto de referencia para los textos que se pueden encontrar en la región.

LILIA CRISTINA ÁLVAREZ ÁVALOS
El Colegio de San Luis

María Eugenia Jurado Barranco y Camilo Raxá Camacho Jurado, coord.
Arpas de la Huasteca en los rituales del costumbre: teenek, nahuas y totonacos.
México: CIESAS / El Colegio de San Luis / Gobierno de San Luis Potosí /
Universidad Autónoma de San Luis Potosí / CONACULTA, 2011; 343 pp.

Con flores escribes, Dador de la vida,
con cantos das color,
con cantos sombreas
a los que han de vivir en la tierra.
Después destruirás a águilas y tigres,

sólo en tu libro de pinturas vivimos,
aquí sobre la tierra.
Con tinta negra borrarás
lo que fue la hermandad,
la comunidad, la nobleza.
Tú sombras a los que han de vivir en la tierra.

Netzahualcóyotl (1402-1472)

Gracias a los códices y a muchos vestigios arqueológicos, tenemos conocimiento de la presencia de una importante variedad de instrumentos y prácticas musicales usados por nuestros antepasados indígenas.

Como es sabido, el mundo precortesiano era una gama pluriétnica y multicultural con gran variedad de lenguas y expresiones artísticas, que se manifestaban de distintas formas a través de la escritura, la música y la danza. Las manifestaciones poéticas de flor y canto, en las civilizaciones mesoamericanas, muestran la riqueza lírica, con la cual se asociaban también la danza y el teatro, en torno a expresiones culturales religiosas y profanas. Las formas líricas, musicales y dancísticas tenían un grado de desarrollo muy importante al momento de la llegada de los españoles. De ello existen múltiples crónicas y relatos, como las de Sahagún, Bernal Díaz del Castillo y varios más. Estas formas de expresión cultural permanecerían más allá, a pesar de las nuevas enseñanzas impuestas por los conquistadores.

Pronto, en la educación musical se introdujeron formas y conceptos derivados del Siglo de Oro español. Fray Toribio de Benavente *Motolinía*, en sus *Memoriales*, menciona hacia 1560 la rapidez con que los indios aprendían los nuevos instrumentos musicales. Surgieron entonces ritmos e instrumentos producto del sincretismo entre las culturas europea, negra e indígenas. Este proceso fue consolidándose de diversas maneras durante el siglo XVIII y principios del XIX, en distintas regiones de México. Las vihuelas, jaranas, huapangueras, guitarras de golpe, requintos, chirimías, arpas, rabeles, entre muchos otros, empezaron a do-

minar un paisaje musical con características propias. La educación musical impartida por los religiosos españoles puede considerarse crucial, no sólo en la evangelización. El arpa, en particular, llegó en las naves de los conquistadores y fue sencilla y rápidamente incorporándose a la cosmovisión indígena.

El libro que hoy se reseña aborda de manera profusa el universo del arpa indígena teenek, nahua y totonaca. Para ello, los autores emprendieron varios recorridos y registros sonoros en los estados de Veracruz, Puebla, Hidalgo y San Luis Potosí, vasta región conocida como la Huasteca, ubicada al noreste del país, entre la costa norte del Golfo de México y la Sierra Madre Oriental. A lo largo de su camino los autores hacen referencia a un universo sonoro que crea una atmósfera particular y asombrosa. Describen la inmediata manifestación del sonido de “la caída del agua entre los matorrales, el ruido delicado que produce el viento al mover las matas de maíz y los cafetales”. Mencionan también los aleteos de insectos y cantares de aves, lo mismo que los olores de la “leña quemada, la tierra mojada, el nixtamal, los naranjos, el copal y el café” endulzado con piloncillo. Todo esto, enmarcado en el cosmos vegetal, con sus tonos de verde y su variada florescencia.

El libro aborda distintos aspectos que ahondan en el universo histórico, cosmológico y natural, en el cual habitan las deidades de los indígenas que cuidan del crecimiento de los árboles, que un día prestarán a los hombres parte de su cuerpo para convertirse en arpas. Este es el contexto mágico en el que surge el arpa, que con la ayuda de un hombre elegido por los dioses y con la ayuda del viento producirá melodías para así perpetuar la vida ritual de teeneks, nahuas y totonacos.

Para estudiar el arpa, los autores participaron en una serie de rituales indígenas en pueblos que celebran el ciclo de la vida en torno al maíz, que no sólo es el alimento primordial, sino que significa el sustento espiritual. De este modo, constataron que la música como expresión estética de los indígenas es una construcción colectiva que implica el ámbito de lo afectivo. Encontraron en el arpa un elemento importante de una cosmovisión

compartida, que incluye también la danza y las ofrendas de diversa índole, percatándose así de que los sones en los rituales del *costumbre* cumplen funciones primordiales relacionadas con el bienestar y la continuidad de los pueblos. Los sones simbolizan una suerte de lazo cósmico con las deidades supremas, tales como el Dios Maíz, La Madre Tierra y el Trueno. Se ejecutan en distintas festividades, que pueden celebrarse en lugares sagrados de los indígenas, como son manantiales, montes, cuevas y hasta en las casas. Podemos observar entonces que los sones se asocian a un momento específico del ritual, y que no todos se danzan. Hay los de media noche, asociados con el inframundo, la oscuridad y la muerte. Otros pertenecen al amanecer, por lo que significan la luz y la vida. El *costumbre*, por lo tanto, se manifiesta a través del sistema de rituales mágico-religiosos, los cuales pretenden, entre otras cosas, la búsqueda permanente del equilibrio del cosmos.

Este libro es un viaje interétnico por el microcosmos sonoro de la música de arpa y la vida ritual indígena. Es un documento de análisis y recopilación de la memoria, que abre un camino más, tan necesario, para el conocimiento de la cultura huasteca. A lo largo de su lectura, los autores entretejen un corpus mitológico que refuerza la idea de la sacralidad de la música. En este corpus se encuentra un importante registro de sones ceremoniales con arpa, enriquecido con testimonios de los mismos músicos y con la transcripción en partituras de la música de arpa. Gonzalo Camacho se pregunta cómo transcribir los gritos de los capitanes de una danza o los sonidos de animales. Y para redondear este proyecto sonoro, al final se desarrolla el estudio morfológico del arpa del *son del costumbre*, mostrando paso a paso los componentes y las variaciones del instrumento, por ejemplo, en el *tsacam soon* (son pequeño) y el *pulik soon* (música grande), nombres dados por los teenek según las dimensiones del arpa.

Este libro nos permite comprender cómo conciben los indígenas la fiesta ritual que tiene como propósito mantener el equilibrio cósmico de esta geografía huasteca de los teenek, los nahuas y los totonacos.

Para finalizar, quiero citar el testimonio de Hilario Martínez, quien describe el último destino de las arpas: “cuando los instrumentos ya están gastados, ya trabajaron, ya dieron servicio, se dejan en lugares especiales, como las cuevas, montes, milpas, que son el lugar en el que van a descansar” (135).

CLAUDIA ROCHA VALVERDE
El Colegio de San Luis

Donají Cuéllar Escamilla, ed. y pról. *La literatura de tradición oral en México: géneros representativos*. México: El Colegio de San Luis / Universidad Veracruzana, 2012; 253 pp.

El libro *Literatura de la tradición oral en México: géneros representativos* está integrado por diez artículos, editados y prologados por Donají Cuéllar Escamilla, investigadora de la Universidad Veracruzana. Los articulistas, cada uno desde su campo de estudio, analizan algunas de las manifestaciones de la literatura tradicional mexicana (la adivinanza, los refranes, la lírica jarocho, la chilena, la décima, etcétera), y dan a conocer sus más recientes investigaciones. Los temas tratados se exponen con claridad, sencillez y de manera agradable. Es evidente que un libro con estas características interesará a los especialistas, sin descartar la posibilidad de que también sea de utilidad para los estudiantes que deseen aproximarse a literatura oral de nuestro país.

Para empezar, es recomendable leer el prólogo, en el que Donají Cuéllar dibuja un panorama de los estudios que se han realizado sobre la literatura oral mexicana, a partir del siglo XX. Con puntuales referencias bibliográficas y de contenido, indica cuáles han sido las principales aportaciones de quienes se han ocupado de recuperar y analizar una rica veta de investigación. Además de la conveniencia informativa del prólogo, Cuéllar repara en la necesidad de hacer investigaciones desde una perspectiva científica, que, apartada de convenciones nacionalistas y de objetivos